

Es dogma de fe
La Inmaculada Concepción

Antonio María Claret



CARTA PASTORAL
QUE
EL EXMO. E ILMO. SEÑOR
D. ANTONIO MARÍA CLARET Y CLARÁ
ARZOBISPO DE CUBA,
PRELADO DE LAS INDIAS,
PRELADO GRAN CRUZ DE LA ORDEN AMERICANA DE
ISABEL LA CATOLICA, DEL CONSEJO DE S. M. ETC.,
DIRIGE A SUS AMADOS DIOCESANOS
Con motivo de haberse declarado dogma de fe
EL MISTERIO DE
LA INMACULADA CONCEPCIÓN
DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA,
POR N. SS. P. PIO IX.

SANTIAGO DE CUBA

1856



NOS DON ANTONIO MARIA CLARET Y CLARÁ,

**POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE
APOSTÓLICA, ARZOBISPO DE CUBA, PRIMADO DE
LAS INDIAS, PRELADO GRAN CRUZ DE LA REAL
ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, DEL
CONSEJO DE S. M. ETC. ETC.**

*Al venerable Dean y Cabildo de nuestra santa Iglesia Primada, a los
Vicarios foráneos, Párrocos, Clero y fieles de nuestra diócesis, salud, paz
y bendición m Nuestro Señor Jesucristo.*

*Dijo el Señor Dios a la serpiente: «por
cuanto hiciste esto, maldita eres entre todos
los animales y bestias de la tierra: andarás
arrastrando sobre tu pecho, y tierra comerás
todos los días de tu vida. Yo pondré
enemistades entre ti y la mujer; y entre tu raza,
y la descendencia suya: ELLA
QUEBRANTARÁ TU CABEZA.»*

Génesis 3, 14-15

Ya llegó el día feliz... Amadísimos hermanos e hijos muy queridos en Jesucristo. Ya sonó la hora dichosa en que nuestro santísimo Padre Pío IX, órgano de la voz del mismo Dios, ha pronunciado y declarado dogma de fe el misterio de la Inmaculada Concepción de María santísima. No lo dudéis: acaba de llegar a nuestras manos la Bula de la declaración. Alegrémonos todos en el Señor... Y bendigamos al Padre y al Hijo y al Espíritu santo. Alabémosle y ensalcémosle por todos los siglos de los siglos.

Con el más profundo respeto y tierno amor felicitemos a nuestra cariñosa madre María, y démosle todos el parabién, y digámosle con la más fervorosa devoción: Dios te salve, Inmaculada María, hija de Dios Padre; Dios te salve, Inmaculada María, madre de Dios hijo: Dios te salve, Inmaculada María, esposa de Dios Espíritu santo; Dios te salve, Inmaculada María, madre y abogada de los pobrecitos pecadores. Bendita eres entre todas las mujeres. Tú eres la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel y el honor de nuestro pueblo; Tú eres el amparo de los desvalidos, el

consuelo de los afligidos y el norte de los navegantes; Tú eres la salud de los enfermos, el aliento de los moribundos y la puerta del cielo; Tú eres, después de Jesús fruto bendito de tu vientre, toda nuestra esperanza. ¡Oh clemente, oh pía, oh dulce virgen e Inmaculada María!...

Dios, A.H.¹, ha ensalzado a María, y le ha dado un nombre, que después del de Jesús es sobre todo nombre, a fin de que al nombre de María inmaculada se postre toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno, y toda lengua confiese que María fue concebida sin mancha de pecado original; que María es Virgen y Madre de Dios, y que María en cuerpo y alma está en la gloria del cielo coronada por la santísima Trinidad como Reina de cielos y tierra y abogada de los pecadores.

Habéis conocido muy bien, A. H., la confianza que abrigábamos en nuestro corazón, que por fin veríamos realizado nuestro deseo de que se declarase dogma de fe el misterio de la inmaculada Concepción de María santísima, de tanto honor para ella y de tanto consuelo para sus devotos. Al ver la concurrencia en las iglesias para ganar la indulgencia en forma de Jubileo que N. S. P. Pío IX concedió a este fin el día primero de agosto del año próximo pasado, y Nos con tanto gusto os comunicamos por nuestra Carta Pastoral de 25 de enero del presente; al ver la frecuencia y devoción con que os acercabais a recibir los santos Sacramentos de penitencia y comunión, no solo para ganar la indulgencia plenaria, sino también para impetrar del cielo este honor tan deseado de los verdaderos devotos de María; y finalmente al ver vuestro fervor y perseverancia en la oración para alcanzar más pronto esta gracia, llenos de firme confianza decíamos: Sí, lo veremos... Dios no se hará sordo a estas fervorosas oraciones; no moriremos sin ver logrados nuestros deseos...

Y así se cumplió, A.H., porque en nuestras manos ya tenemos la Bula de la declaración del dogma de fe. El misterio de la Inmaculada Concepción de María santísima nuestra querida madre es una verdad católica.

Ya no nos duele morir. Sí, A. H.; con gusto moriremos en cualquier hora que el Señor se digne disponer de Nos, porque ya han visto nuestros ojos lo que tanto apetecíamos. Aun más, deseamos soltar la cadena de este cuerpo, que nos sujeta aquí a la tierra, para poder subir al cielo y estar con la Madre de Jesucristo y madre también nuestra, y poderla felicitar personalmente.

¹ A.H.: Amadísimos hermanos.

Mas ya que no nos es ciado el salir todavía de este destierro, convertiremos este valle de lágrimas en campo de alegría, para celebrar las fiestas de María nuestra madre; y puesto que no podemos aun festejarla personalmente y cara a cara, lo haremos a su Imagen.

A fin de que vuestros obsequios sean más sólidos y verdaderos, os daremos una breve explicación de los motivos más principales de esta solemnidad.,

Entre todas las festividades que celebra la Iglesia en honor de la santísima virgen María, ninguna tan gloriosa como la de la Inmaculada Concepción. En ella recordarnos aquel primer instante en que la Virgen santísima empezó a tener ser, y se encontró, por una gracia especial, perfectamente hermosa a los ojos de Dios su creador, quien habiéndola formado como la obra más cumplida y más cabal de su omnipotencia, y habiéndola colmado al mismo tiempo de todos los dones con más liberalidad que a todas las demás criaturas, reconoció en ella un objeto digno de su amor y de sus más dulces complacencias.

Este primer momento tan ignominioso y tan fatal para todos los hombres, pues todos comienzan a ser hijos de ira desde que empiezan a vivir, esclavos del demonio tan pronto como hombres, objetos del odio de Dios tan pronto como salen de la nada; este momento es en María el principio y origen de todas las bendiciones que Dios puede derramar, al parecer, sobre una pura creatura. Este primer momento tan poco ventajoso para todos los hombres, es un momento de grande gloria para María, que se presenta hija del Altísimo, heredera del cielo, digna esposa del Espíritu Santo, precioso objeto del amor de Dios; mientras todos los hijos de Adán son en igual situación esclavos del demonio, herederos del infierno y víctimas de la Justicia divina.

Mas así como los náufragos, que a nado luchan contra las olas, sin poder, a pesar de sus esfuerzos y fatigas, escapar de las fauces de la muerte, al descubrir allá a lo lejos una barca salvadora que marcha con viento en popa surcando majestuosa los mares con dirección a ellos, ¡oh cómo se animan... cómo se dirigen a ella... cómo vocean!... otro tanto hacen los infelices hijos de Adán, náufragos en el mar tempestuoso del pecado, que no quieren perderse luchando los pobrecitos en vano; si ven a María que como barca sobrenada impulsada del Espíritu santo para socorro de sus hermanos, naturalmente y como por instinto de la propia conservación acuden a ella, le dirigen sus voces y le dicen: *Ave, María*

purísima, sin pecado, o en gracia, concebida. Así la saludan, así la invocan, así la alaban y honran con frecuencia.

Dos cosas comprende esta alabanza que le tributan los fieles, que forman el más honorífico blasón de María: la primera cosa que le atribuyen esta expresión *purísima*. A fin de que entendáis bien, A. H., esta doctrina, conviene advertir, que hay dos especies de pureza, una positiva y otra negativa: la positiva consiste en la caridad y demás virtudes, y no es nuestro intento tratarla aquí, aunque muchísimo podríamos decir. La pureza negativa consiste en estar exenta de toda culpa y pecado; y esta pureza es suma en María, porque desde el primer instante de su ser físico fue alejada sumamente de todo pecado; huyendo ella con el mayor cuidado de todo pecado personal durante toda su vida. Por esto fue llamada hermosa como la luna y escogida como el sol; para enseñarnos que la Virgen en la santidad positiva se distingue de su Hijo santísimo como la luna se distingue del sol; esto es, que su hermosura, aunque inefable, era en ella incomparablemente menor que en Jesucristo, Sol de Justicia, y además de esto, porque do era belleza innata, sino participada de su divino Sol; que por esto san Juan la vio vestida del sol, y cosa bien sabida es, que el vestido sirve para cubrir al desnudo, para abrigar y adornar. Por el contrario, en la pureza negativa la Virgen es hermosa, como lo es el Sol; porque preservada de toda culpa imitó exactamente a su Hijo en la inocencia, poseyendo, como poseía él, una total exención de toda mancha, si bien que por diferente modo y distinta razón. De esta suerte se verifica el oráculo de Isaías, que dice: que en el cielo de la Iglesia la luz de la Luna será semejante a la luz del Sol; porque en ambos no tuvo parte el pecado: ni en Jesucristo ni en su santísima Madre.

Explicada, A. H., la primera parte del blasón de María, con que la alaban sus devotos, que es: *Ave, María purísima*, viene ahora la segunda, que es: *En gracia concebida o sin pecado concebida*, Es verdad que las santas Escrituras no afirman explícitamente que se concediese a María tan singular privilegio; pero también es cierto que así en el antiguo como en el nuevo Testamento se dice lo que basta para hacerlo deducir claramente. En efecto, ¿que otra cosa nos quiere dar a entender Dios cuando, maldiciendo a Satanás, figurado en la serpiente que había inducido al pecado a Eva y Adán, pronunció aquellas notables palabras: «Ella quebrantará tu cabeza»: *Ipsa conteret caput tuum?* ¿que otra cosa quiso indicar Dios con tales palabras, sino precisamente que María no estaría jamás sometida a su imperio?

Y como dice san Agustín, el pecado original es como la cabeza de la infernal serpiente; porque este pecado es el principio fatal por el cual el demonio se hace dueño del hombre.

Habiendo sido María preservada de la mordedura de esta serpiente en su Inmaculada Concepción, por una gracia preveniente, fue propiamente en este momento cuando le quebrantó la cabeza; y este insigne privilegio le hizo decir: «No se alegrará el enemigo sobre mí »: *Non gaudebit inimicus meus super me.*

En el nuevo Testamento tenemos otra prueba muy grande a favor de esta verdad; pues asegura san Lucas en el capítulo 1, verso 28, que el Angel dijo a María: *Ave, gratia plena.* Llamad María llena de gracia en la intensidad y extensión; por manera que María no estuvo ningún espacio de tiempo vacía de gracia, sino siempre estuvo llena de gracia.

En el texto griego se lee KEJARITOMENE, que no solo quiere decir llena de gracia, sino concebida o formada en gracia. Así lo explica Orígenes, que con tanta perfección estudiaba y hablaba el griego; y añade: «No recuerdo haber hallado esta palabra en otra parte de la sagrada Escritura: esta salutación no ha sido dirigida a ningún hombre; se ha reservado solo para María.» Jeremías y el Bautista fueron santificados antes de nacer; pero no fueron preservados como lo fue María, y solo María, por ser creada y destinada para Madre del mismo Dios humanado. Anunciada con tantas figuras por los santos Patriarcas y Profetas, María fue llamada aurora; porque así como esta sale de las tinieblas y va manifestando su luz, hasta que como con la mano trae al sol al horizonte; así y mucho más María de en medio de las tinieblas generales del pecado original se ha presentado reluciente con la luz de la gracia, y nos ha traído el Sol de Justicia, Cristo señor nuestro. María es hermosa como la estrella de la madrugada. María fue figurada por la escala de Jacob; pues así como esta llegaba de la tierra al cielo, y allá en la cumbre descansaba Dios, y por ella bajaban y subían los ángeles; así María por la gracia y privilegios llega de la tierra al cielo; en María descansa Dios, por María nos bajan del cielo las gracias, y por María suben al cielo nuestras súplicas.

María es aquella casa que se fabricó para sí la eterna Sabiduría, en la que puso siete columnas, que son las tres virtudes teologales y las cuatro cardinales morales. Es el arca de la santificación, el trono de Dios: ella es la Jerusalén santa, la paloma pura y las delicias del mismo Dios.

María es la mística fuente del paraíso, el arca de Noé, el arca del Testamento de la ley de gracia, la vara de Aarón para los sacerdotes, la

vara de Moisés para los gobernantes, y la vara de Jesé para las almas buenas. María es la torre de David, en la que hay abundancia de escudos para defenderse; es el templo de Salomón y el trono de marfil, en donde se ora y de donde se despachan las peticiones que se hacen a Dios.

María en el primer instante de su Inmaculada Concepción se distinguió de los hijos de Adán, más que no se distinguen entre los demás árboles el cedro del Líbano, el ciprés de Sion, la palma de Cadés, el olivo frondoso de los campos, el plátano bien regado de las aguas y la mirra más aromática.

María desde el primer instante de su Concepción es toda hermosa: en ella no hay mancha alguna; es hermosa de cuerpo, hermosa de alma, hermosa de pensamientos y amiga de Dios por la gracia. María es la Ciudad santa de Dios, de cristal transparente por su pureza y de oro finísimo por su caridad: ella está edificada sobre los doce fundamentos de piedras preciosas, que son las virtudes, adornada de Dios para ser su querida hija, su amada esposa y tierna madre del Cordero, y por esto tiene la claridad de Dios. Esta ciudad santa Mariana tiene doce puertas: tres puertas al oriente, tres puertas al aquilón, tres puertas al austro y tres puertas al occidente; por manera que María recibe gente de todas partes. Tanto es lo que desea la salvación de todos, que ella misma nos hace saber, que el que la hallare, hallará la vida y alcanzará salud del Señor. Y san Juan asegura, que las gentes caminarán con su luz, y los reyes de la tierra llevarán a ella su honor y su gloria. Desde el nacimiento de la Iglesia no ha habido siglo alguno en que la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios no haya sido el objeto de su veneración y de su culto. Los eclesiásticos y seculares, los reyes y vasallos, los sabios e ignorantes, las gentes de honor se han guiado por esta luz de María: su favorita devoción ha sido a la Inmaculada Concepción de María.

En el primer siglo se ven los Santiagos, san Marcos y san Andrés en sus liturgias, y especialmente en la de Santiago el menor se llama a María santísima Inmaculada; y san Andrés dice: *Así como el primer Adán fue formado de la tierra antes que fuese maldita; así el segundo Adán fue formado de la tierra virgen la que jamás fue maldita.* En los primeros siglos de la Iglesia muy poco se halla escrito de la Inmaculada Concepción de María santísima; y es la razón porque aquellos Santos Padres no se ocuparon mucho en hablar de un privilegio, que ya se suponía sabido y creído en favor de la que singularmente fue escogida para madre de Jesús, el cual venía a quitar los pecados del mundo. Y estaban persuadidos, que

aquel que después de muerto quiso tener un sepulcro nuevo para resucitar desde allí, también habría escogido nuevo vientre sin estar contaminado del viejo Adán para nacer. Sin embargo no faltan escritores; así es que tenemos en el segundo siglo a san Ireneo, san Justino mártir y san Hipólito. En el tercero a san Cipriano, san Gregorio Taumaturgo, san Dionisio Alejandrino y Orígenes. La Virgen María, dice Orígenes, es digna del digno, inmaculada del inmaculado, una del uno, única del único.

En el cuarto siglo a san Atanasio, san Ambrosio y san Anfiloquio, los cuales todos hablan de la santísima Virgen como exenta de toda mancha de pecado, por una gracia especial.

En el quinto siglo tenemos a san Agustín, san Gerónimo, san Máximo de Turín, y a Teodoreto. En el sexto a san Fulgencio, y a san Sabas autor de un oficio en honor de la Inmaculada Concepción de María. En el siglo séptimo a san Isidoro, Sofronio, patriarca de Jerusalén, y el sexto Concilio general tenido en Constantinopla, que recibió con aplauso la carta de este Patriarca, quien llama a María *Inmaculada y exenta de todo contagio de pecada*.

En el octavo a Radberto abad, Raimundo Jordán, san Juan Damasceno, y el segundo Concilio general Niceno, que llama a la santísima Virgen más pura que toda la naturaleza sensible e intelectual; esto es, más pura que los mismos ángeles, que jamás fueron manchados con el menor pecado, ni original ni actual.

En el siglo nono a Teofanes, y las Meneas griegas tan antiguas, que son unos libros eclesiásticos para el uso de los griegos, donde está muy bien marcada la devoción que tenían a la Inmaculada Concepción de María santísima. En ellos se leen estas palabras: *Por singular providencia hizo Dios que la sagrada Virgen desde el principio de su vida fuese tan pura como convenía a la que había de ser digna de tanto bien, esto es de Cristo*.

En el siglo décimo a san Gilberto, san Anselmo, san Pedro Damiano, y san Bruno fundador de los Cartujos. En el undécimo a los beatos Ivos de Chartres. En el duodécimo a san Bernardo. En el decimotercero a san Antonio de Padua, Alberto Magno. Alejandro de Alés, santo Tomas y san Buenaventura. En el decimocuarto a Escoto y san Lorenzo Justiniano. En los siglos decimoquinto, decimosexto y decimoséptimo se cuentan más de cuatrocientos autores, todos hombres grandes por su saber y virtud, de los cuales más de setenta son obispos. Pero al llegar a este último siglo y medio, ya no se puede llevar cuenta de autores; porque todos los católicos

a la vez sentían una misma cosa, proferían unas mismas palabras, y con una voz universal decían, que *María fue concebida sin pecado original*.

Los Sumos Pontífices hablan el lenguaje de los Santos Padres. Todos los Papas que han gobernado la Iglesia desde Sixto IV hasta Pío IX, a excepción de tres, que por los pocos días que vivieron no tuvieron tiempo para declarar sus sentimientos, todos han procurado, y excitado la piedad de los fieles hacia la Inmaculada Concepción de María santísima, concediendo privilegios, gracias e indulgencias a este objeto.

El Papa Sixto IV expide dos bulas a este fin, y publica un oficio para la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, cuya principal mira es declarar que María fue enteramente preservada del pecado original.,

El Papa san Pío V en el año de 1569 dio permiso a toda la Orden de san Francisco, para rezar el oficio de la Inmaculada Concepción de María.

El Papa Clemente XIII en el año de 1761 dio permiso a todo el Clero secular y regular, para rezar este mismo oficio de la Inmaculada Concepción de María.

. Con la autoridad del Papa Inocencio VIII fue fundada una Orden de Religiosas en honor de la Inmaculada Concepción de la Reina del cielo, y después fue confirmada por Julio II en el año de 1507. En la regla que este Papa da a las Religiosas de esta fundación, luego de haber dicho en el capítulo que las que entren en esta Orden pretenden honrar la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios, añade, que entrar en esta Orden es hacer un servicio singular a esta augusta Reina. Manda igualmente que las religiosas anden vestidas de un hábito y escapulario blancos, y de un manto azul celeste; y la razón que da de esta ordenanza es, que con este vestido dan a entender que el alma de la santísima Virgen desde su creación fue hecha de un modo particular templo del Hijo de Dios. Desde entonces acá son sin número los institutos, cofradías y congregaciones que se han erigido por la piedad de los fieles en honor de la Inmaculada Concepción; y los Sumos Pontífices no solo las han aprobado con grande placer de su corazón, sino que además las han enriquecido con muchísimas gracias e indulgencias.

El Papa Alejandro VII en un decreto que dio en 8 de diciembre de 1661 dice, que es una antigua piedad de los fieles creer que la Madre de Dios fue preservada de la mancha del pecado original; e hizo su fiesta en Roma con magnificencia.

No referiremos uno por uno los Sumos Pontífices que se han esmerado y han desplegado su celo a favor de la inmaculada Concepción de María, porque nos haríamos interminables.

No solo en los Papas se ve este celo a favor de la Inmaculada Concepción de María; brilla también esta estrella en los Concilios. El general de Éfeso, celebrado en el año de 431, llamaba a la santísima Virgen *inmaculada*; porque en nada fue corrupta.

El cuarto Concilio de Toledo en el año de 634 aprueba con elogio el Breviario reformado por san Isidoro, arzobispo de Sevilla, en el que hay oficio de la Inmaculada Concepción señalado para toda la octava, y en todo él se dice preservada, por un privilegio singular, del pecado original. El Concilio undécimo, celebrado en el año 675, hace un elogio de la doctrina de san Ildefonso, y da bastante a entender, alabando a este ilustre devoto de María, que esta Señora no fue comprendida en el pecado original.

Lo mismo sienten los Padres del Concilio de Basilea celebrado en el año de 1439, y los del Concilio de Aviñón en 1457.

Y finalmente en el Concilio general de Trento en la sesión v, después de haber autoritativamente definido en su decreto el dogma de la transmisión del pecado original a toda la descendencia de Adán, añadió la siguiente importantísima cláusula: «Declara no obstante el mismo santo Concilio, que no es su intención comprender en este decreto, en que se trata del pecado original, a la bienaventurada e Inmaculada María Madre de Dios.» *Ses. v, can. v.*

Además de lo referido de los Sumos Pontífices y sagrados Concilios, os podemos añadir la devoción particular de todas las Ordenes Religiosas, el celo de las Universidades, el entusiasmo de los Reyes católicos y el unánime consentimiento de todos los pueblos en honrar este primer privilegio de la Reina de los cielos, principio y fundamento de todos los otros. Las célebres Ordenes de san Benito, de la Camáldula, de los Cartujos, del Cister, de Cluní, de los Premonstratenses, y cuantas han venido después de ellas, todas hacen profesión de honrar la santidad privilegiada de la santísima virgen María en este primer momento, y darla testimonio de su celo y tierna devoción con la magnificencia de su culto.

Las más brillantes Universidades de Europa, y particularmente las de Cervera, Sevilla, Valencia, Salamanca, Alcalá, París, Colonia, Praga y otras, sin exceptuar ni una sola en España, tienen entre sus estatutos el de

no admitir a los grados académicos a quien no se obligue a defender la Inmaculada Concepción de María santísima.

Los Reyes católicos y cristianísimos de España, Francia y de otros reinos se han esmerado de un modo particular en obsequiar a la Inmaculada Concepción de María santísima. Luis XIV, rey de Francia, admiración de su siglo, no contento con haber renovado en 1650 por una declaración la consagración solemne que el difunto rey su padre Luis XIII había hecho de su persona, de su familia real y de su reino a la santísima Virgen, en 1667 quiso señalar todavía más su piedad para con la misma Virgen, impetrando del Papa Clemente IX una octava de la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Ya antes el Rey D. Juan 1.º de Aragón y de Valencia en el año de 1394 hizo una total consagración de su persona y de su reino a la Virgen santísima con una declaración auténtica en favor de su Inmaculada Concepción.

Son bien notorios en ambos mundos el culto y devoción que nosotros los españoles tributamos a la santísima Virgen, y singularmente bajo el título de su Inmaculada Concepción. Esta fiesta hace muchos años que en España es de las más solemnes; y en las Cortes del año 1760, María santísima, bajo el título de su Inmaculada Concepción, fue declarada por patrona de todos los dominios sujetos al Rey católico, a propuesta de su devotísimo rey D. Carlos III autorizado por el Papa Clemente XIII, fundando la más distinguida orden española, que se llama de Carlos tercero, en honor de María santísima.

Ningún predicador omite jamás al empezar su sermón en los dominios de España estas palabras: *Sea bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar y la purísima Concepción de María santísima, Madre de Dios, señora nuestra concebida sin mancha de pecado original en el primer instante de su ser. Amen.* Y en todos los católicos y fieles españoles la expresión que más tienen en el corazón y de cuya abundancia habla la boca, es esta: *Ave, María purísima, sin pecado concebida.* Con ella empiezan y terminan sus oraciones, y ella es la señal de paz que se dan cuando se visitan o saludan.

Esta devoción no solo les sale de su corazón fervoroso, sino también la razón misma les anima a aumentarla; pues que para tributarla este racional obsequio, discurren de esta manera: «No es creíble que Dios haya querido permitir la mancha del pecado en aquella mujer que estaba destinada para madre suya, y para dar albergue en su seno al precioso lirio

de los valles, al vaticinado de los Profetas, al esperado de las gentes, al deseado de los collados eternos, al Salvador del mundo.» ¿Por ventura le faltaba a Dios poder para sustraer de la común ley del pecado a aquella singularísima criatura, su distinguida y predilecta, que había de ser el instrumento de nuestra redención?

Y si esto podía hacer, y si a su misma dignidad convenía que lo hiciese, ¿qué dificultad hay en admitir que lo hizo, y que aplicando anticipadamente a la Virgen santa los méritos de la pasión y muerte de su benditísimo Hijo, la eximiese de la necesidad de ser, ni por un breve instante, esclava del pecado y del demonio su capital enemigo? ¿Se querrá suponer que a María no se le concedió lo que a los ángeles y a Adán y Eva, cuando María es Reina de los ángeles y de los santos? El entendimiento está convencido; y por convicción y por devoción dicen todos que « María fue concebida sin mancha de pecado original.»

Esta es, A. H., una breve reseña de lo más principal relativo a la Inmaculada Concepción de María santísima; ya es llegada la hora en que, dejando de ser una pía creencia, pase a ser un dogma de fe. Es común doctrina de los Doctores y santos Padres, que Dios escoge a los sujetos y les da sus gracias según el objeto y fin a que les destina. Dios en la serie de las edades señaló con su cetro divino el medio del siglo XIX: este fue el tiempo preordinado para publicar esta verdad. El objeto es grandioso, la materia es delicada, y ha tenido ocupados a todos los sabios eclesiásticos hasta el presente: es el alma de la devoción de los fieles. Dios dará a su Iglesia un Papa de grande espíritu; será sabio, será pío... Ya tenemos ese Papa, es Pío IX, es Papa de espíritu grande, es Papa sabio, es Papa pío. Cuando Dios dispuso que se fabricase el arca del Testamento, escogió a Beseleel, le llenó de su espíritu, de saber, de inteligencia, de ciencia y de toda maestría para trabajar toda especie de labores de oro, plata... (*Éxodo* XXXVI, 50, 54 y 53). Sabemos que aquella arca del Testamento era figura de María santísima, arca viva de la nueva alianza con Dios; pues si para fundir el oro y la plata y cortar la incorrupta madera de Setim y formar aquella arca, dio tanto saber a Beseleel, ¿qué saber habrá dado, con qué virtudes habrá adornado al Beseleel de la ley de gracia, para que al oro y plata de la pureza de gracia de María les dé una nueva forma, sin variar la esencia; que presente al pueblo cristiano como un dogma de fe lo que antes era una piadosa creencia, mirando el mérito intrínseco de María madre de Dios?

Nuestro Pío IX valiéndose de las palabras del Apóstol, puede muy bien decir: *Gratia Dei sum id quod sum, et gratia Dei in me vacua non fuit*; pues que apenas se sienta en la Silla de san Pedro, cuando empieza esta gran misión a que Dios y su Madre le envían. Se vale de todos los medios que le dictan la prudencia, el celo y la piedad. Se humilla, ayuna y se mortifica para alcanzar los auxilios del cielo; reúne las oraciones de todos sus hijos, que son los fieles; pide el parecer y consejo de todos sus hermanos los Obispos, a quienes el Señor ha dado sabiduría e inteligencia para que le ayuden, así como la dio a Ooliab y a todos los maestros para ayudar a Beseleel; y finalmente pasa a definir: ved aquí las propias palabras de la Bula. «Así pues, confiados en el Señor, y creyendo llegado el momento oportuno para la definición de la Inmaculada Concepción de la virgen María, madre de Dios; definición que maravillosamente ilustran y declaran la palabra divina, la tradición veneranda, el juicio constante de la Iglesia, el unánime asentimiento de los Obispos y fieles del mundo y las actas insignes de nuestros Predecesores; y después de haberlo pensado todo con exquisita diligencia, y elevado fervorosas súplicas a Dios, hemos creído que no debíamos vacilar en sancionar y definir por nuestro supremo juicio la Inmaculada Concepción de la Virgen, para satisfacer así los vehementísimos deseos del orbe católico y nuestra piedad hacia la santísima Virgen; y para más y más honrar al mismo tiempo en Ella a su único Hijo nuestro señor Jesucristo, puesto que en el Hijo redunda todo el honor y alabanza que se dé a su Madre.»

«Por lo cual, después de no haber interrumpido en la humildad y en el ayuno nuestras preces particulares y las plegarias públicas dirigidas por la Iglesia a Dios Padre, por medio de su Hijo, para que se digne dirigir y confirmar nuestra mente por la virtud del Espíritu santo; después también de haber implorado la protección de toda la Corte celestial, invocando con sollozos la asistencia del Espíritu consolador, y sintiendo que Nos inspiraba en este sentido, para honor de la santa e indivisible Trinidad, para gloria y dignidad de la virgen Madre de Dios, para exaltación de la fe católica y triunfo de la Religión cristiana, por la autoridad de nuestro señor Jesucristo, de los santos apóstoles Pedro y Pablo y la Nuestra, declaramos, pronunciamos y definimos, que la doctrina que enseña que la bienaventurada virgen María en el primer momento de su Concepción, por una gracia y privilegio singular de Dios todopoderoso y por los méritos de Jesucristo, salvador del género humano, fue preservada inmune de toda mancha del pecado original, es doctrina revelada por Dios, y que por consiguiente debe ser firme y constantemente creída por todos los fieles.

En cuya virtud, si algunos, lo que Dios no permita, tuviesen la presunción de abrigar interiormente un sentimiento contrario a lo que Nos definimos, sepan y entiendan que están condenados por su propio juicio, que naufragan en la fe, que se separan de la unidad de la Iglesia, y que además por este mismo hecho se someten a las penas por el derecho establecidas, si osaren manifestar su sentimiento interior de palabra, por escrito, o de cualquier otro modo externo.”

Ved aquí, A. H., las palabras del Oráculo divino, de nuestro Sumo Pontífice Papa Pío IX en la Bula que dio a los 8 del mes de diciembre del año 1854, declarando dogma de fe el misterio de la Inmaculada Concepción de María santísima, madre de Dios y madre y señora nuestra. Demos todos gracias a Dios, a María santísima, y también a nuestro Sumo Pontífice el Papa Pío IX. ¡Oh qué gloria tan grande le espera allá en el cielo!... Dios en todos sus atributos es infinito; sin embargo vemos que más se inclina a la misericordia que a la justicia, y que es más generoso en premiar que riguroso en castigar. Ahora, pues, si la serpiente, si el pobre reptil no más porque sirvió de instrumento sin espontaneidad, solo por elección del diablo, para hacer pecar a la mujer, y causar el pecado original, fue condenado a ser el más desgraciado entre todos los animales y bestias de la tierra, a andar arrastrándose sobre su pecho, y tierra comerá todos los días de su vida, ¿qué premio, qué paga, qué recompensa dará Dios a nuestro Sumo Pontífice Pío IX, que ha servido de instrumento no meramente pasivo o indiferente, sino activo y con todo el afecto de su corazón y con toda la piedad de su alma; del que se ha servido Dios para declarar exenta de pecado a esta mujer fuerte, a la mujer Virgen y Madre del mismo Dios?... Solo Dios sabe el merecimiento de Pío IX.... saludémosle y digámosle de parte de Dios: Tú eres, o beatísimo Padre, el más feliz entre todos los Sumos Pontífices que ha habido desde san Pedro; tu pecho es el depósito de todos nuestros corazones; tú eres nuestro Pastor, y nosotros te seguimos en el pasto de la celestial doctrina, y tú nos conducirás a los convites de la gloria.

La serpiente fue maldita, ella y toda su raza; pero la mujer privilegiada fue bendecida, ella y su descendencia. A Pío IX el cielo le ha llenado de bendiciones, a él y a todos sus sucesores, de un modo particular por haber declarado verdad de fe la Inmaculada Concepción de María. Felicitémosle todos, juntemonos siempre a él y a sus sucesores con el entendimiento y con la voluntad, y nunca jamás nos apartemos de su lado y de su partido, porque la serpiente y su raza, que son el diablo y los hombres malos, tendrán siempre enemistad con el Sumo Pontífice; y así

cuando oigáis a alguno que dice mal del Papa, pensad que es el mismo demonio o serpiente, o alguno de su raza maldita.

Hemos observado, A. H., con mucha detención, y hemos examinado con suma escrupulosidad los efectos que producía en las gentes esta declaración de la Inmaculada Concepción de María; y hemos visto que unos se han quejado, otros se han alegrado, y otros se han irritado: los devotos ignorantes se han quejado, los sabios se han alegrado, y los malos, que son de la raza de la serpiente y tienen por padre al diablo, como dice Jesucristo: *Vos ex patre diabolo estis*, estos se han irritado.

Los devotos ignorantes se han quejado y han dicho: ¿A qué viene esto? Nosotros siempre hemos creído que María santísima era concebida sin mancha de pecado original. A los que respondemos... Está muy bien; pero vuestra creencia era una creencia pía, tenía su mérito en el buen afecto, y obsequiabais a María santísima con el corazón; mas ahora siendo declarado verdad de fe, obsequiáis a María santísima con el corazón y con el entendimiento; antes en esto ejercitabais la devoción, pero ahora ejercitáis la devoción y la fe juntamente: como el que ayuna por mortificación, que tiene allá su mérito; pero si esto mismo lo hace en un día mandado por la Iglesia, además de la virtud de la mortificación ejercita la obediencia.

Los devotos sabios han tenido una alegría especial, tanto por lo que mira a María, como por lo que toca a ellos mismos. Como aman de veras a María, le desean todo bien, le desean la posesión de este título tan glorioso a María, y que ellos conocen muy bien que le pertenece: antes reconocían en cierta manera en María respecto de esta declaratoria como un *jus ad rem*; y ahora como un *jus in re*, y la contemplan muy complacidos en la posesión de este derecho.

Una de las mayores alegrías que siente el hombre, es cuando a fuerza del discurso y del cálculo llega a dar con la verdad; entonces el entendimiento queda tan complacido y satisfecho, que se goza en su objeto. Ahora pues ¿qué alegría tan grande deben sentir los sabios devotos de María santísima, que tanto han discurrido, que tanto han escrito y con tanto esfuerzo han defendido su Inmaculada Concepción, dándola pruebas de su amor y de su fidelidad? Mas ahora sobre esta materia se les puede decir, que atiendan y escuchen la voz que oyó san Juan, cuando dijo: *ut requiescant a laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos*: descansen de los trabajos que han tenido que sobrellevar para defender este honroso título de María; porque las obras buenas que han hecho a

favor de esta Señora, les seguirán hasta el cielo, y les serán muy bien recompensadas.

Tal vez alguno preguntará: ¿cómo es posible que una cosa tan honorífica para María, tan preconizada de los Santos y Doctores, de los Pontífices y Concilios, de los reyes y vasallos, y tan racional además, haya sido no obstante impugnada, y cabalmente por hombres de piedad y religión, por discípulos de santo Tomas? A esto podríamos responder, lo que dijo Jesucristo cuando le preguntaron sus discípulos respecto de un ciego, ¿cuál era la causa de estar así, si el pecado del hijo o el de sus padres?... Y Jesucristo respondió: «Ni este ha pecado, ni sus padres tampoco. Ha sido esto una permisión, para que las obras del poder de Dios resplandezcan en él.» Que sea así, se lee claramente en las revelaciones de santa Brígida, a quien dijo la Virgen santísima: «Así lo ha permitido Dios, que algunos amigos suyos píamente dudasen de mi Concepción, y cada uno manifestara su celo, hasta que en el tiempo preordinado se manifestase la verdad»: *Quia sic placuit Deo, quod amici sui pie dubitarent de Conceptione mea, et quilibet ostenderet zelum suum, donec veritas claresceret in tempore præordinato. (Lib. 6, cap. 55.)*

Cuando hay algún eclipse de sol, llama la atención de todos los habitantes de aquel hemisferio; al paso que cuando no hay eclipse, muy pocos, quizás ninguno, levantan la cabeza para fijar sus ojos en el rey de los planetas. ¡Oh cuántos y cuántos levantando los ojos de la consideración, han contemplado la hermosura de María elegida como el sol, y han observado que la opinión contraria era no más que una luna pasajera, satélite de la tierra, más cercana a nosotros que a ella, y que nada afectaba su hermosura en sí, aunque fuera menos vista de nosotros!

¡Oh cuántos cánticos y alabanzas hemos oído, de los que habríamos sido privados a no haber habido tal contradicción! A la manera que un caminante de verano, que en medio del día cansado y fatigado llega a un frondoso y fresco valle cubierto de rosas, lirios y violetas, y al ver que de un peñasco brota una fuente de abundantes y cristalinas aguas, se para, se refresca, bebe del agua y se sienta a su lado, y observa que en medio de la corriente hay algunas piedras que parecen han de entorpecer su curso; pero no es así, porque el agua por eso no se detiene, y aquellas piedras son ocasión de cierto murmullo que produce un sonido más suave y agradable al oído, que las composiciones de música más melodiosas; que a no haber estas piedras, el agua correría silenciosa por su cauce.

Todos sallemos que la duda del apóstol santo Tomás fue causa de que el Señor diese las pruebas más claras de su resurrección. Lo mismo podemos decir en el caso presente: la opinión contraria, que se lee en la Suma de santo Tomas, 3.^a parte, cuestión 27, art. 2.^o y en otros lugares de sus obras, ha dado motivo a las pruebas más claras y convincentes de la verdad de la Inmaculada Concepción de María santísima. Mas Nos somos de sentir, que el Santo Doctor siguió la opinión de la verdad de la Inmaculada Concepción de María, como lo dice claramente: *Talis fuit puritas beatæ Virginis, quæ a peccato originali et actuali immunis fuit* (Lib. 1.^o de las sentencias, distinción 44, cuestión 1.^a, parte 3.^a): tal fue la pureza de la bienaventurada Virgen, que estuvo inmune del pecado original y actual. Este y otros pasajes semejantes que se leen en sus obras, revelan claramente cuál era su sentir; y si en otros lugares se lee lo contrario, no es porque el Angel de las escuelas padeciese equivocación, ni incurriese en contradicción, sino más bien porque en este punto sus obras han sufrido alguna alteración; y creyendo que esta era la doctrina del Santo Doctor, la sostenían con tanto entusiasmo sus discípulos. Además de que, no sabían ellos comprender, como hubiese podido participar María santísima de la medicina recetada por el Médico divino, si nunca hubiese estado sujeta a la enfermedad de la culpa. Ni tampoco entendían, como podía María participar del fruto de la redención de Jesús, sin haber estado ni un instante en pecado, causa de la redención.

A cada uno de estos discípulos de Tomás le podemos decir lo que Jesús dijo a aquel Apóstol: Ven acá, discípulo de Tomas; mira estas manos taladradas con duros clavos, pon aquí tu dedo: mira este costado con cruel lanzada, pon aquí tu mano. ¿Sabes que éste es Jesús? Sí. ¿Lo crees? Sí. Es Dios y hombre verdadero, salvador y redentor único del género humano; él sana los enfermos, y liberta a los cautivos; éste es el modo común y ordinario: pero tiene otro extraordinario y nobilísimo, que es aplicar la medicina antes que sobrevenga la enfermedad, a fin de que no se incurra en ella; y pagar el rescate antes que venga el cautiverio. Mas es preservar de caer que levantar después de caído. Si por razón de la misión que les confiara Dios purificó y santificó a Jeremías y a Juan, mucho más convenía por razón de la altísima misión de María, que fuese purificada y santificada en su misma Concepción. Es su Madre, y la debe redimir del modo más noble y perfecto, que es preservándola de incurrir en el pecado.

Algunos Doctores de la Iglesia, tratando de la Inmaculada Concepción de María, han dicho, que la naturaleza se había detenido y quedado trémula ante la gracia, a la manera que las aguas del Jordán al

paso del arca, figura de María, se detuvieron y el arca pasó en seco (*Josué, cap. 3*): así María pasó en seco, sin mojarse en lo más mínimo en la corriente de las aguas de la iniquidad.

No hay duda: la carne de María fue tomada de Adán, pero sin las manchas de Adán. María solo tuvo de común con Adán la naturaleza, pero no la falta: y convenía mucho más por razón de ser destinada para Madre del Verbo; pues así como el Verbo tiene un Padre santísimo en el cielo, debía tener en la tierra una Madre santísima en cuanto es posible en una criatura. Y así lo asegura santa Brígida: *María de radice Adæ procesit, et de peccatoribus nata est, licèt sine peccato concepta, ut Filius Dei de ea sine peccato nasceretur.*

De esta verdad tenemos una prueba, la más clara, y una figura la más adecuada en el libro 3.º de los Reyes, capítulo 18. En él se lee, que Elías se subió a la cima del Carmelo, donde arrodillado en tierra.... dijo a su criado: Anda, ve, y observa hacia la mar. Hízolo así el criado, y volvió diciendo: No hay nada. Replicóle Elías: Vuelve hasta siete veces; y a la séptima vez vio subir del mar una nubecilla pequeña como la huella de un hombre. Y dijo Elías: Anda, y di a Acab: Engancha el tiro a tu carruaje, y marcha luego, para que no te ataje la lluvia. Y mientras se hacía esto e iba de una a otra parte, se oscureció el cielo en un momento.... y empezó a caer una lluvia copiosísima. Esta es la historia: la nubecita es figura de la humilde María; esta nubecita se levanta del mar por la fuerza del sol; las partículas de agua que la forman son de la misma masa de las aguas del mar; estas son amargas y saladas, pero las de la nubecita son dulces. María por los méritos de Jesucristo, Sol de justicia, se levanta del mar de la naturaleza humana, pero sin la amargura del pecado original y sin la sal de concupiscencia; de modo que en ella no hay el sal-mastre que la excite al pecado mortal, ni el sal-volátil que la induzca al pecado venial. ¡Oh cuán dulce es la virgen María!.... Las siete veces que mandó el Profeta fijar la vista en el mar, figuran los siete dones del Espíritu santo con que Dios la adornó, y las siete virtudes con que la enriqueció. Aquella nubecita creció y cubrió todo el horizonte: así María se coloca entre Dios y nosotros, y nos cubre con su protección. Tres años cumplidos o cerca de cuatro habían pasado sin llover, la seca era extraordinaria y no menos la esterilidad y necesariamente la miseria; mas a muy poco tiempo después de haber llovido, la tierra dio copiosos y sabrosos frutos. Antes de la venida de María se pasaron cuatro mil años de seca espiritual, ¡qué esterilidad!... ¡qué miseria!.... Mas se presenta María, ¡qué lluvias tan abundantes de

gracias!.... ¡qué fertilidad de virtudes!.... ¡qué abundancia de almas para los trojes de la gloria!...

Otra razón y figura se puede dar de la Inmaculada Concepción de María, y es la siguiente. Cuando un hombre tiene una posesión suya y la vende, solo enajena lo que es suyo y está a su disposición; pero no puede disponer del gravamen o carga que sobre la hacienda pesa, aunque el vendedor no haga excepción ni mención alguna de la carga. Pues del mismo modo, aunque es verdad que Adán esclavizó a Satanás la naturaleza humana, la Virgen santísima no iba comprendida, porque ya Dios la había exceptuado y escogido, como se lee en el sagrado libro del Eclesiástico, cap. 24, cuyas palabras la Iglesia aplica a María santísima, y son éstas: *Desde el principio o ab æterno, y antes de los siglos ya recibí yo el ser, y no dejare de existir en todos los siglos venideros*. Y en los proverbios, cap. 21, se lee: *Nondum erant abyssi, et ego jam concepta eram*. El mismo Dios le dice lo que el rey Asuero dijo a Ester: *Pro omnibus, sed non pro te hæc lex constituta est*: esta ley del pecado original a todos se extiende y a todos comprende, menos a ti.

Estas y muchas otras autoridades y reflexiones que se podrían referir y se omiten por la brevedad, todas se han suscitado por razón de la contradicción que ha tenido esta verdad. Mas apenas ha hablado el oráculo de Dios, el sucesor de san Pedro, y ha definido dogma de fe, ya se acabaron las disputas entre los católicos, ya es de fe. La fe es una; todos a una decimos: *Ave, María purísima, sin pecado concebida*. ¡Oh qué bien tan grande posee la Iglesia católica en tener un juez supremo para terminar de un golpe las disensiones! Es un don de Dios. Bendito sea Dios por tan singular merced. De este gran bien están privados los que se apartan de la unidad de la Iglesia católica. ¡O dichosa unidad!...

Hemos dicho, A. H., que con esta declaración de fe algunos se han irritado, y que estos eran los malos, los que forman la raza de la serpiente: es muy natural que así haya sido. Cuando no se molesta a la serpiente, va marchando a su manera; pero si se le pisa la cabeza, se resiente y vuelve sobre su cuerpo, y a proporción que se le aprieta y machaca la cabeza, tanto más se irrita, se hincha y se venga a su modo del que le hace sufrir. He aquí clara la razón porque los malos se han irritado; porque su cabeza, que es Satanás, sufre, la Virgen la aprieta y la quebranta; y ellos, que forman su cuerpo, se revuelven llenos de rabia y de furor, y ya que no pueden herir a la Virgen santísima, se vengan en sus hijos y les hacen todo el mal que pueden, y de todos modos.

Esto es indispensable que sea así; porque se han de cumplir las palabras que dijo Dios allá en un principio a la serpiente: *Yo pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya*. Por esto conviene muy mucho, A. H., que sepáis hacer diferencia de unos y otros, para seguir a la mujer predilecta, y resistir varonilmente a la serpiente y a todos los que forman su cuerpo.

La mujer de que se habla aquí, bien conocéis que es María; su descendencia es Jesucristo, hijo suyo primogénito, y todos los verdaderos católicos son los segundos, o hijos adoptivos por gracia. El mismo Jesucristo después de la resurrección nos llama hermanos; pues si somos hermanos de Jesús, María que es su madre, será también la nuestra, y Dios que es su padre, será también nuestro padre. Es esta una consecuencia tan legítima como verdadera; por manera que la misma Verdad nos manda, que rezando digamos a Dios: Padre nuestro que estás en los cielos. Y san Juan nos dice: *Mirad que tierno amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en efecto; pues que por el espíritu nos ha regenerado, y por la gracia nos ha adoptado, y nos ha hecho partícipes de su divina naturaleza. Por eso el mundo no hace caso de nosotros, porque no conoce a Dios nuestro padre. Carísimos, nosotros somos ya ahora hijos de Dios, mas lo que seremos algún día no parece aun. Sabemos sí, que cuando se manifieste Jesucristo, seremos semejantes a él en la gloria: por lo que veremos como él es, y esta visión nos transformará en una imagen suya.*

Entre tanto, quien tiene tal esperanza en Él, santifíquese a sí mismo, esto es, que haga todo lo posible para vivir santamente, *pues que cualquiera que cometa pecado, por lo mismo comete una injusticia*, pues el pecado es injusticia o una trasgresión de la ley. Y en verdad, nadie será en el cielo semejante a Dios y a Jesucristo en la gloria, que aquí en la tierra le fuere desemejante en las costumbres.

Bien sabéis que El vino a quitar nuestros pecados, y que en Él no cabe pecado. Y es tanto el horror y la aversión que tiene a los pecados, que para quitarlos de nosotros pagó con su, muerte y nos lavó con su sangre. *Todo aquel que permanece en Él, con la debida observancia de la ley y con un amor constante, no peca: y el que peca, no le ha visto ni le ha conocido*. Portaos como un criado con su señor, un hijo con su padre, una esposa con su esposo, reverenciándole, temiéndole, amándole, venerándole y obsequiándole. *Hijitos míos, nadie os engañe*, diciendo que con la sola fe el hombre se justifica y se salva; pues no el que solo cree, sino el que hace

justicia llena e íntegramente, esto es, el que hace todo lo que manda la ley de Dios, este es justo, hijo y heredero de Dios. *Quien ejercita la justicia, es justo: así como lo es también Jesucristo.*

Quien comete pecado es hijo del diablo, pues sigue sus máximas y espíritu; porque el diablo desde el momento de su caída continua pecando. Por eso vino el Hijo de Dios para deshacer las obras del diablo. Todo el afán del diablo es procrearse hijos semejantes a sí. Todo aquel que nació de Dios, no hace pecado, porque la semilla de Dios, que es la gracia santificante, mora en él, y si no la echa de sí no puede pecar, porque es hijo de Dios. Por aquí se distinguirán los hijos de Dios de los hijos del diablo. Todo aquel que no practica la justicia, no es hijo de Dios; y así tampoco lo es el que no ama a su hermano. En verdad que ésta es la doctrina que aprendisteis desde el principio, que os améis unos a otros. No como Caín, el cual era el hijo del maligno espíritu, y mató a su hermano. ¿Y por qué le mató? Porque sus obras eran malignas, y las de su hermano justas. No os extrañéis, hermano, si os aborrece el mundo.

Con esta doctrina de san Juan podréis conocer claramente, A.H., la diferencia que va de los descendientes de la mujer llamada María a los que forman la raza de la serpiente. También conviene que estéis impuestos de la manera que cayó Lucifer y hace caer a los demás formando así su raza. Al efecto nos enseña la Iglesia, que Dios dio principio a la creación del mundo, creando ante todas cosas las celestiales inteligencias como para formarse a sí mismo una numerosa corte, y tener ministros prontos para ejecutar sus órdenes. Creemos (dice el 4.º Concilio Lateranense) *firmente, que no hay más que un solo Dios verdadero, el cual al principio del tiempo sacó juntas de la nada una y otra criatura, la espiritual y la corpórea, la angélica y la mundana, y que después formó como una naturaleza media entre las dos, que fue la naturaleza humana compuesta de cuerpo y alma.* Es decir que los ángeles son unas substancias creadas, inteligentes y puramente espirituales, no destinadas a unirse con los cuerpos, de los cuales tienen una total independencia. Están dotados de dones más o menos perfectos según sus diferentes grados de perfección y de excelencia. Habiendo determinado Dios desde la eternidad no dar la gloria del cielo ni a los ángeles ni a los hombres sino a título de corona y de recompensa, creo a los espíritus celestiales con pleno conocimiento *del bien y del mal* y con una perfecta libertad. Lucifer y todos sus secuaces viéndose tan hermosos y perfectos, desvanecidos con su propia excelencia, en lugar de referir a Dios su creador todo lo bueno y excelente que tenían, se complacieron en sí mismos, y llenos de orgullo negaron la obediencia a

Dios, por lo que fueron precipitados en los abismos para ser infelices por toda la eternidad. Pero los otros ángeles que perseveraron en el bien., siempre fieles a su Criador, humildes, rendidos y obedientes a sus órdenes, fueron confirmados en gracia.

Cuando el angélico Doctor santo Tomas trata del pecado de los ángeles (*1. p. q. 65*) dice, que pecar no es otra cosa que declinar de la rectitud que el acto debe tener. Y solo Dios es impecable, porque es la misma regla y rectitud y por lo mismo indeclinable; por cuya regla deben regularse todas las criaturas y deben dirigirse a su Creador, que existe por sí mismo, de quien y por quien todas las otras cosas existen y se conservan y perfeccionan.

Pero Lucifer viéndose tan hermoso, dijo: Subiré al cielo y seré semejante al Altísimo.

En verdad, dice san Agustín, Lucifer, lleno de soberbia, quiso ser llamado Dios.

Y santo Tomas añade: Sin duda que el Ángel pecó deseando ser como Dios, no según la naturaleza de Dios, pues bien conocía que esto era imposible; sino según la semejanza, procurándosela de un modo indebido, deseando como último fin de la bienaventuranza aquello a que podía llegar en virtud de su misma naturaleza, apartando su apetito de la bienaventuranza sobrenatural, que es de la gracia de Dios.

O si deseó como último fin aquella semejanza de Dios, que se da de gracia, quiso esto tenerlo por virtud de su naturaleza, no del divino auxilio según la disposición de Dios.

Y muy oportunamente dijo san Anselmo: Lucifer pretendía una cosa que la habría conseguido si hubiese sido constante y fiel a la gracia, y humilde a la disposición de Dios; pero el pretender su felicidad y gloria independientemente de Dios, es un modo perverso, es soberbia grande, pues que en esto consiste el pecado de la soberbia, no sujetarse al superior en aquello en que debe: *Non subdi superiori in eo in quo debet.* (*1 p. q. 63, a. 2.*)

El infeliz en lugar de hallar la felicidad del cielo, mereció el fuego eterno del infierno preparado para castigar a él y a sus secuaces; como dice el evangelio de san Mateo, cap. 25.

Al pecado de la soberbia le siguió luego la envidia como consecuencia inmediata, doliéndose del bien del hombre, como se dolía y se

duele de la excelencia divina; porque Dios se sirve del hombre para su mayor honra y gloria contra la voluntad del diablo.

La envidia le hizo parar lazos a nuestros padres Adán y Eva: les sugiere que no estén sujetos a Dios, que no guarden la ley, que coman de la fruta prohibida, y así sabrán todas las cosas, el bien y el mal, y serán como dioses.

Y fascinados nuestros padres de tan halagüeñas promesas, caen miserablemente en pecado, faltando a la ordenación de Dios, y en lugar de ser felices, se ven reducidos a todas las miserias y hasta a la muerte misma temporal y eterna.

La soberbia de Satanás nunca desiste del empeño, y su envidia nunca dice basta. Allá en el principio del mundo se valió de la serpiente, porque no había otro hombre y mujer que los dos; ahora ya tiene otros hombres y mujeres, y de estos se valdrá para tender las redes de errores y vicios, pero siempre con la mira de hacerles faltar a la ordenación de Dios, privarles de conseguir la felicidad, y de hacerles desgraciados en éste y en el otro mundo por toda una eternidad.

Así como el pescador procura encubrir el anzuelo con el cebo, con una comida agradable, y así coge el pescado, de la misma maña se vale Satanás; encubre el anzuelo de las desgracias con el cebo del placer, de la libertad, de la felicidad, porque el taimado tentador sabe y le consta que el hombre no puede aceptar una cosa mala como mala, sino bajo la apariencia de bien.

Sugiere a los hombres la libertad de examen, y así los separa de la ordenación y de la obediencia que deben tener a la Iglesia, a Jesucristo, a Dios: y los hace esclavos de la razón y de las pasiones.

Sugiereles la libertad de conciencia, y así los aparta de la ordenación de Dios, y les quita los sacramentos, singularmente el de la Comunión, y los reduce a esclavos del pecado, y a perecer de hambre espiritual.

Sugiereles la libertad del individuo, y así los aparta de la ordenación de Dios, y les dice: *fuera ley de Dios*; les quita este yugo suave y carga ligera, y los infelices se ven cargados con el yugo pesadísimo de Satanás.

Sugiereles finalmente el protestar contra todo orden, toda ley, todo derecho y toda moralidad; únicamente quiere que vivan del espíritu de *autonomía*, palabra griega que quiere decir derecho de gobernarse cada uno por sí mismo, que es el espíritu del diablo, de soberbia y de condenación.

Mas así como Lucifer puso su felicidad en sí mismo, exceso de amor propio, o complacencia demasiada de su propia excelencia, a que llama Escoto lujuria espiritual; y como esta complacencia no iba dirigida por el orden de Dios, antes al contrario apartándose de Dios viene a ser soberbia, dice Billuart; esto es puntualmente lo que sugiere a sus secuaces, la *egolatría*, que se hagan dioses de sí mismos, independientes de todo; y como son hombres, por constar de cuerpo y alma, procuran al cuerpo la lujuria y todos los placeres, y al alma, que es espíritu como el ángel, toda insubordinación e independencia. Así vienen a ser por su causa diablos de alma y cuerpo, dignos de aquella maldición que fulminará Jesucristo el día del juicio: *Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, que fue destinado para el diablo, y sus ángeles o ministros.* (S. Mat. XXXIV, 41)

Ya hemos hablado, A. H., de la serpiente y de su raza; viene bien ahora tratar de la Mujer y de su descendencia, y veréis un espíritu diametralmente opuesto. Esta dichosísima Mujer llamada María, es Reina de los ángeles y de los hombres, y destinada para madre del mismo Dios, que es una dignidad casi infinita, con las demás gracias análogas a esta dignidad. Pero a María no la envanece tanta grandeza, al contrario se humilla más y más. El ángel de parte de Dios la saluda llena de gracia, y ella contesta: *He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra....* ¡qué humildad!... ¡qué subordinación y obediencia a la voluntad de Dios!... Va a visitar su prima para santificar a san Juan precursor del Señor. ¡Qué obediencia a la voluntad de Dios!... ¡qué humildad en las palabras! Conoce muy bien que el Señor ha obrado en ella cosas grandes; pero nada se atribuye a sí, sino que todo lo refiere a la bondad y misericordia de Dios, y en Dios únicamente se complace. (Al contrario enteramente de Lucifer y de su raza.) María, por humildad y sumisión a la voluntad de Dios, se sujetó a la purificación, cosa tan repugnante a una madre virgen; y llegó hasta el Calvario, cosa tan sensible a una madre amante. La humildad, la obediencia, la caridad y demás virtudes merecieron a María santísima tanta gloria, que la Iglesia llena de santo entusiasmo canta: *Exaltata est sancta Dei Genitrix super choros angelorum ad cœlestia regna*: es exaltada la santa Madre de Dios sobre los coros angelicales a los reinos de los cielos. ¡Qué envidia y qué rabia para Lucifer al ver a esta humilde paloma como sube al cielo y que es colocada allá en la gloria en un trono tan sublime; y el verse él por su soberbia en lo más profundo de los abismos y en un lugar de tormento!

¡Qué envidia y qué rabia para Lucifer, cuando viera a Dios reparar y con ventaja lo que él había desbaratado, y que con las mismas armas le

vencía y confundía! Él se valió de la mujer, y Dios hace que la mujer le quebrante la cabeza y sea madre del mismo Dios. Él venció en el árbol del paraíso, y en el árbol de la cruz es vencido. Él sugirió al hombre, que si faltaba a la obediencia sería como Dios, y así le hizo esclavo suyo; pero Dios se hace hombre, para dar a los hombres *poder de llegar a ser hijos de Dios; y por esto el Verbo se hizo carne.*

Él siendo una mera criatura, quiso hacerse semejante al Altísimo, y sugirió esta misma idea a nuestros padres y a sus secuaces; pero Jesucristo, que teniendo la naturaleza de Dios, no por usurpación sino por esencia igual a Dios, no obstante se anonadó a sí mismo, tomando la forma o naturaleza de siervo, hecho semejante a los demás hombres y reducido a la condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz; por lo cual, también Dios le ensalzó sobre todas las cosas, y le dio un nombre superior a todo nombre, a fin de que si nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno, y toda lengua confiese que el señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

De estos mismos sentimientos de obediencia y humildad estaban animados los apóstoles, y procuraban inculcarlos a los fieles. Así es que el mismo san Pablo decía: habéis de tener los mismos sentimientos en vuestros corazones que Jesucristo tuvo en el suyo.

En efecto, la experiencia enseña que la obediencia hace libres y felices, y la desobediencia esclavos y desgraciados. Los ángeles desobedecen, y se convierten en demonios: nuestros padres desobedecen, y se hacen infelices y esclavos de Satanás. Jesucristo obedece, y nos redime y salva; los pecadores que obedecen recibiendo los santos sacramentos, alcanzan el perdón. Todos los sabios legisladores y filósofos de la antigüedad conocían la necesidad de la obediencia; y por esto decía Solon: aquel reino es feliz en que el pueblo obedece a la autoridad, y esta guarda la ley que ha dado a su pueblo.

El sabio y elocuente Cicerón enseñaba, que no había otro medio para librarse de caer esclavos de los vicios, desórdenes, y de todos los males, que la obediencia a las leyes. Y concluía con estas palabras: seamos siervos de las leyes, para podernos conservar libres: *Legum servi simus, ut liberi esse possimus.*

La experiencia enseña, que los discípulos que obedecen a sus maestros, se libran de la ignorancia y alcanzan la ciencia; que los hijos que obedecen a sus buenos padres, se libran de mil desgracias y alcanzan la

felicidad. Y por ser la obediencia la virtud conservadora de la felicidad, y la reguladora y guía del bien vivir, la impuso Dios a nuestros padres; ¡ojalá la hubiesen guardado! Lo mismo nos enseñó y practicó Jesucristo, sujetándose y obedeciendo en todo a su Madre y a san José: *et erat subditus illis*, ¡ojalá le imitáramos!... En esto conoceremos si somos discípulos suyos, si hacemos lo que nos tiene mandado; así seremos verdaderamente libres, ya que la libertad consiste en hacer lo que se quiere haciendo lo que se debe: como el agua, que es libre de pasar por entre las paredes que forman el canal o acequia, y es de grande utilidad.

Jesucristo, A. H., no sólo es nuestro redentor, y nuestro camino, que él mismo nos ha trazado poniéndose delante, y diciendo que nos neguemos a nosotros mismos o que obedezcamos, que tomemos la cruz y le sigamos; sino también nos asegura que *es la verdad y la vida*. Para que se entienda la fuerza de estas dos palabras, habéis de saber que el hombre moralmente considerado consiste en *inteligencia y amor*, o en facultad de entender y en facultad de amar, facultades cuyos objetos son la verdad y la bondad.

Estas dos potencias tienen sus necesidades que socorrer o deseos que satisfacer; y como solo Dios las puede saciar, por esto el mismo Dios se comunica al hombre y le dice: *Ego sum veritas. Deus est chantas*.

El hombre es un compuesto de alma y cuerpo: para vivir tiene el cuerpo necesidad de su refacción corporal y el alma de su refacción espiritual; pues ambas refacciones nos enseñó a pedir Jesucristo a su Padre, cuando nos dictó la oración del *Padrenuestro*.

En la expresión que decimos: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*, no solo le pedimos el pan para el cuerpo, sino también el pan para el alma, que es lo principal; pues en cuanto el cuerpo, el que tiene cuidado de los pajarillos de los aires y de las flores de los prados, también cuidará de nosotros: por manera que en cuanto a esto ni nos hemos de apurar ni andar solícitos; porque si buscamos primeramente el reino de Dios y su justicia, todo lo demás se nos dará como por añadidura, '

Lo que hemos de pedir y solicitar continuamente es el pan del alma, el que se llama *panis vitæ et intellectus*; es decir, la Eucaristía y la Biblia o la divina Palabra.

La Eucaristía es el pan de vida, dice el mismo Jesucristo por san Juan, cap. 6. *Mi Padre es quien os da a vosotros el verdadero pan del cielo. Porque pan de Dios es aquel que ha descendido del cielo, y que da la vida al mundo. Dijéronle entonces: Señor, dadnos siempre ese pan. A lo que Jesús respondió: Yo soy el pan de vida... Yo soy el pan vivo que he*

descendido del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente: y el pan que yo daré es mi misma carne, la cual daré yo para la vida o salvación del mundo. Comenzaron entonces los judíos a altercar unos con otros, diciendo: ¿Cómo puede este darnos a comer su carne? Jesús empero les dijo: En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el último día. Así como el Padre que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come, también él vivirá por mí. Mas sobre estas palabras tan claras y terminantes de Jesucristo os debemos advertir, que así como Dios se valió de María santísima para darnos su Divinidad, ahora se vale de la Iglesia para darnos su divinidad y humanidad juntamente, bajo los velos accidentales de la Eucaristía.

Además del pan de vida, que es la Eucaristía, objeto y vida del amor, necesita el hombre el pan de entendimiento, que es la verdad, la que de un modo particular hallaremos en la santa Biblia. Pero la hemos de buscar cómo se debe, si la queremos encontrar. Como dice el mismo Dios: *si quæritis quærite*. Así como Dios se vale de la Iglesia para darnos el Verbo divino encarnado y consagrado, también quiere valerse de la misma Iglesia para darnos el *verbum divinum scriptum et praditum*, la divina palabra, que es el pan del entendimiento. Por esto san Pablo llama a la Iglesia *columna y apoyo de la verdad*. En efecto, la comparación no puede ser más exacta: porque a la manera que una cosa se cae si se le quita el apoyo, y los arcos se hunden si se quita la columna en que estriban; asimismo se viene a tierra y se hunde la verdad de la santa Biblia, si no se apoya en la columna de la Iglesia; por lo cual decía san Agustín, que ni el Evangelio creyera si no se lo enseñara la autoridad de la Iglesia.

De aquí se puede inferir cuan errados andan los que no se apoyan en esa columna de la Iglesia, sino en su examen privado. Entonces ya deja de ser palabra divina, porque se convierte en palabra humana. A la manera que el pan corporal antes de comerlo es pan, pero después deja de ser pan y se convierte en carne y sangre del hombre; así el pan divino escrito, y comido y digerido por el examen privado, ya no tiene autoridad divina ninguna, todo se convierte en opiniones y errores de los hombres. En prueba de esta verdad no hay más que leer la historia, y al momento encontraremos que el juicio o examen privado de Muncer descubrió en la Biblia, que los títulos de nobleza y las grandes propiedades eran una usurpación impía contraria a la natural igualdad de los fieles.. Luego invitó a sus secuaces a examinar si no era esto la verdad del hecho: examinaron

los sectarios, y procedieron en seguida por medio del hierro y del fuego a la extirpación de los que llamaban impíos, y a apoderarse de sus propiedades. El juicio privado creyó también haber descubierto en la santa Biblia, que las leyes establecidas eran una permanente restricción de la libertad cristiana; ved aquí a Juan de Leyden tirar los instrumentos de su oficio, ponerse a la cabeza de un populacho fanático, sorprender la ciudad de Munster, proclamarse a sí mismo rey de Sión, y cometer disparates a millares. ¿Quién es capaz de referir todo lo ocurrido, a causa del examen privado de la Biblia, después del feroz delirio de Fox hasta la metódica de Barclay, desde el formidable fanatismo de Cromwel hasta la necia impiedad de Praise-God-Barebones?

A los que piensan que basta su propio juicio, se les puede decir lo que Jesucristo decía a los judíos: *Registrad las Escrituras, ya que creéis hallar en ellas la vida; ellas son las que os están dando testimonio de mí* (Joan. v. 39). Ellas son las que les dicen cómo se han de portar para entenderlas: oíd a san Pedro (2: I, 20) que dice: *Bien entendido, ante todas las cosas, que ninguna profecía de la Escritura se declara por interpretación privada*. Los que se apartan de esta ordenación de Dios, sepan que no es el espíritu del padre quien habla por ellos, sino el espíritu del error o de Satanás. Y para que se vea más clara esta verdad, referimos las mismas palabras con que Jesucristo encargó a los apóstoles y en ellos a todos sus sucesores en este ministerio: *Id, pues, e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo. Enseñándolas a observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos, que yo mismo permaneceré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos*. (Mat. XXVIII 19-20)

Otros hay, A. H., que buscan el pan de entendimiento, no de Dios, ni de la Biblia, sino de su razón o ingenio, y andan más equivocados. Dicen ellos con palabras muy fascinantes y con expresiones las más especiosas, que *la Religión y la Filosofía son dos hermanas*: lo que negamos redondamente, afirmando por el contrario que son dos hijas de diferentes padres. La Religión verdadera es hija del Padre que está en los cielos, y a todos los que la siguen de veras les hace también hijos de Dios: *les dio poder de llegar a ser hijos de Dios*. (Juan. I, 21)

Pero la filosofía es hija natural de la razón y del discurso del hombre: de manera que la filosofía y todas las ciencias naturales son llamadas por el sabio Salomón en el libro de los Proverbios, cap. 9, esclavos o criados: *Misit ancillas suas vocare ad arcem*, creadas destinadas a servir a la

ciencia sagrada o a la Religión; por esto no se debe dar a la filosofía mayor valor del que tiene y merece. Todo el valor del esclavo pertenece a su señor, sin que deba igualársele ni menos anteponerle, sino posponerle, y entonces es de provecho. El *cero* antes del guarismo no tiene valor ninguno, y después lo tiene y muy crecido. Así es la filosofía: después de la ciencia divina ayuda mucho para persuadir y explicar los motivos de credibilidad; pero si se coloca antes, o se prefiere o anda sola, es como *cero*, cuando no sea perniciosa, como dice san Pablo escribiendo a los colosenses (n. 8): *Estad sobre aviso para que nadie os seduzca por medio de una filosofía inútil y falaz, y con vanas sutilezas, fundadas sobre la tradición de los hombres, conforme a las máximas del mundo, y no conforme a la doctrina de Jesucristo.*

Por último, debemos, advertiros, A. H., que el mundo de las inteligencias jamás está sin doctrinas, y estas doctrinas no permanecen mucho tiempo sin manifestarse; insensiblemente van dando su forma a la sociedad, y la hacen moverse al compás de sus inspiraciones; por manera que las cuestiones, aun las más especulativas de la teología y de la filosofía, están siempre henchidas de orden o de desorden, de vida o de muerte. Esta es la causa porque algunos viven como protestantes, sin ser luteranos ni calvinistas, y otros que sin dejar de llamarse católicos, son realmente indiferentes, y *rienistas* ⁽²⁾, y forman con los demás el largo cuerpo de la serpiente, andan arrastrando su pecho cometiendo torpezas las más vergonzosas, y no gustan de otra comida que de los placeres de la tierra. Esta es la maldición que Dios echó a la serpiente allá en el principio; ellos perseguirán también a los hijos y devotos de María, pues ya sabemos que todos los que quieren vivir devotamente en Jesús y en la Madre de Jesús, padecerán persecución. Pero nosotros debemos animarnos, sabiendo que María está de nuestra parte, que todo lo podremos con la gracia que se nos dé, y que María es la torre de David en que hay toda especie de armamento. Y nos ha de llenar de un santo entusiasmo el pensar, que no será coronado sino el que pelear legítimamente contra los enemigos del alma. Formemos, pues, un cuerpo unido y compacto por la caridad, animándonos los unos a los otros, socorriéndonos mutuamente en las necesidades de alma y cuerpo; rogando a Dios y a la santísima Virgen por todos, a fin de que los justos perseveren en gracia, y los pecadores se conviertan. Sí, A. H., roguemos por la conversión de los pecadores, que así haremos un obsequio muy agradable

² *Rienista*: Nueva palabra francesa que quiere decir *nadista*, el que no cree en nada ni a nadie, ni practica nada en punto a religión.

a María. ¿Habéis parado la atención sobre estas palabras de la santa Escritura: *Ipsa conteret caput tuum*: Ella quebrantará tu cabeza? Pues advertid, que no dice cuerpo sino cabeza, porque la cabeza es el diablo, que obstinado ya está en su término, y por lo mismo es incapaz de convertirse; y por esto quebranta María su cabeza soberbia y obstinada. Pero el cuerpo se formó de los pobres pecadores, que si bien es verdad por sus pecados voluntariamente se han juntado a la cabeza y constituyen su largo cuerpo; pero la Virgen solo pisa la cabeza, y mira con lástima y compasión el cuerpo de esta serpiente deseando su conversión. Pues juntemos nuestros deseos y oraciones a los de la Virgen, y no dudemos que alcanzaremos esta gracia. Hemos concluido, A. H., nuestra exhortación pastoral; solo nos falta anunciaros las fiestas que hemos dispuesto en toda nuestra diócesis para dar gracias y obsequiar a la beatísima Trinidad y felicitar a la santísima Virgen María.

Se celebrará un triduo en honor de las tres divinas Personas y en obsequio de María. Dando gracias al eterno Padre, por haber creado a María hija suya Inmaculada; dando gracias al Hijo, por haber escogido a María por madre suya Inmaculada; y dando gracias al Espíritu, santo, por haber tomado a María por esposa suya Inmaculada. Este triduo se verificará en todas las iglesias de la diócesis en los días 13,14 y 15 del mes de agosto del presente año. Cada día habrá misa por la mañana, y por la tarde el santo Rosario. En este triduo se recordarán los tres puntos más principales de la vida de María santísima, que son: su Inmaculada Concepción, su Maternidad divina y su Asunción al cielo y coronación de gloria; y por esto en el primer día se celebrará la misa de la Inmaculada Concepción, y por la tarde se rezará una parte de Rosario contemplando los misterios de gozo; en el día segundo la misa será de la Anunciación, y por la tarde el tercio de Rosario contemplando los misterios de dolor; y el día tercero la misa será de la misma festividad de la Asunción, y por la tarde se rezará la tercera parte del Rosario contemplando los misterios gloriosos.

Esto será común a todas las parroquias con más o menos solemnidad según la posibilidad de los fieles, que no dudamos que todos se esmerarán en obsequiar a su Madre y Señora, y que darán pruebas de la gran devoción que le profesan. Y para estimular más y más vuestro fervor, concedemos ochenta días de indulgencia por cada vez que asistiereis a alguna de las mencionadas funciones: y a los que en estos tres días

recibiéreis los santos Sacramentos de penitencia y comunión, concedemos duplicadas gracias, y esperamos de vuestra piedad y religión que todos os prepararéis y dispondréis para recibirlos, porque bien sabéis que es de lo que más gusta a María santísima.

Y como actualmente nos hallamos en esta ciudad en compañía de nuestro venerable y apreciado Cabildo, hemos convenido con él en las funciones y fiestas que se han de celebrar en nuestra santa iglesia Catedral de la manera siguiente. El domingo, día 12, por la tarde, iremos en procesión a la iglesia de san Francisco, y llevaremos la imagen de la Inmaculada Concepción de María, que se colocará en la Catedral, donde se cantarán solemnes completas y Salve a toda orquesta. Al día siguiente, 1.º del triduo, predicaremos en la misa solemne, Dios mediante; en los dos siguientes habrá sermón también, y en el día tercero Nos celebraremos de pontifical. Y en todos los tres días Nos haremos la explicación de los misterios del santísimo Rosario por la tarde, concluyendo el ejercicio con la letanía y la Salve con asistencia de la capilla de música. Recibid entretanto, A. H., nuestra pastoral bendición en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu santo. Amen.

Dada en Santiago de Cuba a los 16 de julio de 1855.

ANTONIO MARÍA Arzobispo de Cuba.

Por mandado de S. E. I. el Arzobispo mi señor

Lugar † del sello.

Felipe Rovira *Pbro. Srio.*